ESTANCIAS DEL SUEÑO*

*Salvador Gallardo Topete***

La olla del cuento

Para Eduardo López

El cuento es una olla podrida donde caben todas las carnes, diversidad de frutos, de verduras y especias. A las mil y una definiciones que los preceptistas han acuñado a lo largo del tiempo, prefiero ésta que propongo, globalizadora, a la de los petulantes que pretenden, en pos de una pureza de géneros inexistente, otras estrechas como cárceles.

El arte nació sin fronteras, en incestuosa conjunción de todas las ramas del frondoso árbol. Las supuestas familias, subfamilias, géneros, subgéneros, especies y subespecies, son inventos parcelarios de entomólogos miopes que, en el cuadrículado de sus estanterías, quieren aprisionar especímenes debidamente etiquetados y sujetos con alfileres para justificar sus doctas disquisiciones.

El puchero, en cambio, es generoso y duradero; tiene siglos en el rescoldo de hogares conteniendo en esencia el caldo primigenio, tal vez de Egipto faraónico, que en los cuentos del Papiro Westcar muestra la primera colección de cuentos encadenados, por la obligación que el Faraón Keops impone a sus nueve hijos de contarle una historia de contenido mágico o maravilloso, para discurrir posteriormente por la India, con un golpe de curry en el Pachatrantra, y desembocar en el

* De próxima aparición en Ediciones sin Nombre.

** Escritor.

SALVADOR GALLARDO TOPETE

“océano a donde fluyen los ríos de los cuentos” o en *Las sesenta narraciones de un papagayo* donde un pájaro parlante entretiene a una mujer, cuyo marido se encuentra ausente. De ahí, a los calderos hebreos, griegos y árabes. En estos últimos fue donde se sancocharon las *Mil noches y una noche* que, en el medioevo y en el renacimiento, nutrieron las marmittas de toda Europa, donde es posible que más de una marmota soñolienta pasó a mejor vida, como pieza de caza, entre aromáticos hervores. De los pucheros españoles brotó *El libro de Patronio o el Conde Lucanor* del Infante don Juan Manuel, y de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, *El libro del buen amor*, donde la lírica y la narrativa forman un todo armónico e indisoluble. En Italia, *El decamerón* de Boccaccio, y por su influencia, *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer, escritos también en verso y en la naciente lengua inglesa a la que ayudó en su consolidación.

No es mi intención dilucidar el origen y desarrollo del cuento hasta nuestros días. Baste decir que nació con el hombre, y como los últimos avances de la antropología fijan el origen de éste en el continente africano, acepto la negritud de su nacimiento en su fase oral, y la dispersión de ambos (hombre y cuento), por todos los confines de la Tierra. Por lo que no es de extrañar la gran profusión narrativa entre los mayas, como de los chinos o esquimales, para no citar sino unos cuantos ejemplos.

112 Lo que me interesa es insistir en la capacidad del cuento-puchero de aceptar en su seno todo lo que se mueve y todo lo que echa raíces, salvo aquello que por instinto se detecte como altamente nocivo (claro que hasta al mejor cocinero se le quema al atole, y el puchero puede convertirse en última cena, por imprudencia o por deliberada acción).

El ingrediente esencial es el agua, que todo lo disuelve o emulsiona, liga sabores, ablanda la dureza y endurece lo blando, transforma texturas, atempera lo agraz, el empalago y el picor y vuelve potable al vino, compañero fiel de la olla. Únicamente el agua destilada sabe a nada; las otras se gustan distintas en cada manantial, las sales minerales que le acompañan le dan una sapidez propia. “La hermana agua” (cantada por Amado Nervo para solicitar el aborregamiento humano), es uno de los ingredientes primordiales de la narrativa, que a la par de ser el núcleo aglutinador, marca una de las peculiaridades que le dan identidad propia a la obra y al autor.

Otro elemento necesario en toda olla que se respete es la carne, de carnero preferentemente, atentos al refrán que pontifica: “de las carnes, el carnero; de los pescados, el mero”; pero sin despreciar la de vaca, chivo o cerdo, ni ninguna otra de animal que corra, vuele, nade o se arrastre. “La carne es la prima sustancia”, afirmaban los doctos médicos de antaño, y la segunda: los vegetales harinosos.

Esta masa nutricia formada por la amalgama de las mencionadas, es la historia que cuenta el cuento, y que requiere en cada caso en lo particular, de otra serie de elementos, tales como el recado o recaudo, y el golpe de especias determinadas por el cocinero, mayora o pinche adelantado, para lograr la sazón final.

SALVADOR GALLARDO TOPETE

El hombre que tenía un síndrome de hipertensión porta o el nacimiento de un lago

Agapito soñó toda la noche montañas de agua derrumbándose estrepitosamente en la escollera, enormes culebras desplomándose en la ciudad, ríos salidos de madre tragándose todo a su paso y se soñó a sí mismo ahogándose en medio de meteoros, manoteando desesperado como un náufrago, tragando y vomitando agua alternativamente. Toda la noche fue un constante revolcarse en el camastro hasta que el timbre del reloj lo despertó.

Se sentó trabajosamente al borde de la cama. Al intentar ponerse los calcetines se percató de lo hinchado de su vientre. “Han de ser los tacos de anoche”, pensó; sin embargo, el volumen siguió aumentando al transcurrir el día. Al llegar al trabajo, Demetrio le dijo: —“compadre, ya lo traes como de nueve meses.”

La jornada laboral fue dura debido al impedimento de su barriga creciente. De regreso a su casa adivinó una sonrisa maliciosa de su esposa, quien le preguntó: —“¿Cómo sigues?”. —“Igual”, fue la respuesta, y sin cenar se fue a la cama.

Los sueños de la noche anterior se repitieron: agua y más agua; se vio marinero en un barco de papel, buzo de cristal encerrado en una botella de agua coloreada, soñó a Tláloc ordenándolo sumo sacerdote y con Amado Nervo declamando a la Hermana Agua; soñó un lago de apacibles aguas, un arroyo cantarino y una lluvia menuda cayendo rítmicamente que le tranquilizó el dormir. Al despertar quiso incorporarse, pero no pudo, su vientre había crecido enormemente, al doble del día anterior. Jaló las sábanas dejando al descubierto la voluminosa mole; se percató que los botones de su pijama se habían desprendido y vio con horror pequeñas grietas, aún superficiales, que circundaban su vientre hasta confluír en el ombligo.

“María”, llamó a su esposa, “tráeme al doctor”. La mujer despertó, pegó un grito al ver la panza de su marido y salió a medio vestir a llamar al médico quien llegó como tres horas después del llamado, saludando amable al paciente: —“¿Cómo estamos?”—, saludo que no

le fue correspondido. Luego palpó el vientre de Agapito, preguntándole si dolía, a lo que éste contestó que no. Procedió después a sacar de su maletín una varita de fresno que se bifurcaba en un extremo como un manubrio de bicicleta, apuntando el otro extremo hacia el abdomen del paciente. Los brazos del galeno empezaron a temblar, retorciéndose hasta quedar fijos. –“Lo que pensaba”, dijo. –“¿Qué?”, preguntaron al unísono Agapito y su esposa. –“Un síndrome de hipertensión porta”, les comunicó, y al ver su cara de asombro, añadió: –“agua”. Luego pidió le trajeran una cubeta vacía.

En tanto, desinfectaba un trocar, con el que hizo una punción en el vientre, dejando brotar un verdadero géiser que bien pronto llenó la cubeta, sustituida por otra que solicitó con urgencia, sin que la presión del líquido bajara para nada. Habían sacado ya tres cubetas cuando el doctor, pretextando tener que llevar una muestra del líquido al laboratorio, taponó el orificio y se retiró.

Por la tarde, pasadas las cinco, regresó con la novedad de que la muestra analizada había resultado ser agua químicamente pura y como el vientre del paciente se encontraba a punto de estallar procedió a quitar las tiras de esparadrapo con que obturó el agujero que, al quedar de nuevo libre, lanzó un chisguete continuo, como si fuera el espiráculo de una ballena, llenando una tras otra las cubetas dispuestas expreso. Al llegar a veinte, el doctor se despidió dando instrucciones a la familia de cómo proceder a taponar el orificio una vez que dejara de brotar el agua; pero el agua siguió fluyendo ininterrumpidamente durante toda la noche.

Los vecinos acudieron con cuanto recipiente tuvieron a la mano para auxiliar a don Agapito. Pronto se formó una cadena humana por cuyas manos pasaban incansablemente los baldes. Para la madrugada, el aljibe de la casa estaba lleno y el jardín anegado, por lo que los vecinos pidieron permiso a doña María para llevarse unas cubetas a sus casas y remediar en algo la falta de agua que desde hacía más de una quincena los agobiaba. Por fin tuvieron agua para descargar los retretes, lavar los trastes y la ropa e incluso para beber.

El pobre don Agapito casi no durmió durante tres días; no sentía dolor ciertamente, pero sufrió el frío de sus ropas mojadas y el ruido del

SALVADOR GALLARDO TOPETE

agua al llenar las cubetas. Afortunadamente, a Chendo, el fontanero del barrio, se le ocurrió acoplarle un niple en el orificio y a éste un cople donde conectó una manguera para que desaguara directamente al drenaje. Agapito por fin pudo dormir seco y descansar frente al televisor cómodamente.

Como el problema de la carencia de agua persistía en el barrio, doña María, que tenía disposición para los negocios, contrató con los vecinos conexiones a la manguera, antes de desagüe y ahora de suministro, en cómodas mensualidades que ya en conjunto centuplicaron las entradas de dinero de la familia con relación al salario que Agapito percibía en la fábrica.

Todo marchaba felizmente, tanto para don Aga como para el vecindario, hasta que apareció una nube negra en forma de inspector municipal del servicio de agua, que verificó lo que se llama “tomas clandestinas y suplantación de un servicio público”, amenazando con penas severísimas que pocas semanas después se hicieron realidad.

El licenciado Romero, presidente municipal, solicitó al Congreso del Estado declarara a don Agapito “de utilidad pública” y decretara su expropiación; petición que le fue rápidamente obsequiada. Así que don Agapito pasó a pertenecer al ayuntamiento que entregó a doña María, en pago de la incautación de su marido, quinientos bonos de la deuda pública como indemnización y un nombramiento de encargada del pozo artesiano 14AGA-15-PITO, como quedó catalogado su esposo, quien además tuvo que sufrir la implantación de un medidor de flujo y una lavativa mensual de cloro para garantizar la potabilidad del líquido.

Por espacio de seis años, don Agapito vivió tranquilo, pegado al televisor mientras cumplía puntualmente con el suministro de agua. Un día, sin embargo, amaneció tosigoso y afiebrado, lo que provocó irregularidades en la presión del agua y quemaduras de primer grado en tres usuarios que a esa hora tomaban un baño. Para calmar la tos le dieron una tisana de gordolobo y para bajar la fiebre dos pastillas azules y un baño de asiento con agua gélida que le bajó la temperatura a grado tal que se congelaron las tuberías y el pobre Agapito pasó a mejor vida convertido en un carámbano.

Todavía los técnicos hidráulicos pretendieron efectuarle un nuevo aforo con el objeto de reanimarlo pero todo fue inútil, por lo que hubo que desconectarlo de la red municipal y organizar los funerales. Éstos resultaron concurridísimos pues los vecinos, como dice el refrán, no supieron apreciar lo que tenían hasta que perdieron a Agapito.

En el velorio, el calor de los cirios y el emanado por los asistentes, derretieron el hielo y el agua empezó a escurrir de la caja mortuoria. Inútil resultó el tapón que Chendo enroscó en el cople. El agua brotó ahora por la segunda parte del nombre del difunto y ante la amenaza de inundación, el sacerdote apresuró los oficios litúrgicos para que se enterrara con prontitud el cuerpo.

La muerte no impidió la hidrogénesis. Al día siguiente del sepelio, el agua límpida saltaba con su glu glu refrescante de la tumba. A la semana, el pequeño cementerio ubicado en una hondonada había desaparecido bajo las aguas. Para el invierno las garzas clavaban su blanca interrogación en el lago.

SALVADOR GALLARDO TOPETE

Éxodo

A Desiderio Macías Silva

La superficie azul, tornándose en verde oscuro cerca de las orillas, después de haber pasado por todos los matices intermedios, dejaba traslucir el fondo: una tersa alfombra de lama.

Trepó a una roca, la más alta de esa cortina mineral que circundaba el aguaje; éste redujo sus dimensiones hasta aparecer insignificante en contraste con la desoladora grandeza de la llanura.

Es poca, quizá no sea más que un espejismo; la alucinante imagen del deseo.

El viento del norte traía, como él, una sed de siglos en los bellos, mas sin atreverse a apagar la fiebre que lo consumía, se contentaba con acariciar la superficie del aljibe, levantando pequeñas olas que se quebraban en la piedra centinela, desde donde el viajero dejaba colgar sus piernas temblorosas por el cansancio.

El horizonte era una roja protesta contra el cielo despejado. Un olor de almagre abandonaba el seno poroso de las piedras, esparciendo un presagio de osamentas calcinadas.

Desde su altura, el viejo vio reflejar su rostro sudoroso; el ojo de agua lo miraba con fijeza; tuvo que cerrar los párpados para evitar caer fascinado, como conejo que se mete a las fauces de la víbora. La imagen de su rostro persistió en sus pupilas, la barba blanca agitada por el aire.

Para qué tanto y tanto resistir si ahí está, fresca y transparente, esperando como una doncella.

Dejándose llevar por el viento, tres auras trazaban su trayectoria circular de moneda; fiera trinidad de garras y de plumas, descendía lentamente sin denotar fatiga, para elevarse de nuevo, continuando con su macabro ejercicio de espera.

Encontraremos nuevas tierras que generosamente multiplicarán los granos.

De uno en uno se fueron quedando en el camino; el último de los de su pueblo quedó a unos cuantos kilómetros, se negó a seguir caminando, vació de un trago la botella de licor, cavó un agujero y se puso a esperar su muerte.

El viejo seguía observando estúpidamente el manantial; su hallazgo, cuando ya todo creía perdido, lo privó de su habitual lucidez; dos fuerzas se debatían en su interior como dos encontrados mares: la irreflexiva fuerza de la locura que lo impulsaba al salto y la voz del deber que le gritaba una advertencia: —Mañana llegaran otros hombres, la sed les habrá cocido los labios y llenado el cerebro con pájaros de fuego; tú debes estar aquí para calmar sus desdichas—.

Bajo de su atalaya lentamente, del cuenco de sus manos bebió en repetidas ocasiones, después se tendió sobre el suelo y no tardó en dormirse tranquilamente.

En otro lugar del mundo, una mujer despertaba al esposo para que iniciara los trabajos del día. La tierra cubierta de rocío despertó al viejo con dulzura. Extendió sus brazos como enormes troncos de mezquite y escuchó con agrado el canto de los pájaros; surcó la tierra y roturó caminos para que el agua restañara las heridas de la llanura. Comía a la sombra de un árbol cuando una repentina descarga eléctrica abatió a las auras en vuelo. Dos de ellas, convertidas en cenizas, fueron dispersadas prontamente; la otra se precipitó en el agua y a su contacto se convirtió en un pez que de inmediato comenzó a nadar cerca de la superficie.

Por primera vez en muchos días una leve sonrisa asomó en los labios del viejo. La noche se hizo rápidamente.

Un rayo de luna proyectó la silueta del hombre sobre el valle, donde el trabajo nocturno de la semilla era la canción con que la naturaleza regalaba a los oídos de su hijo.

SALVADOR GALLARDO TOPETE

Casus belli

Los ciegos habitantes de la ciudad de Miramar tomaron la decisión de atacar a los sordomudos de ciudad Audia, agraviados por la incursión de un grupo en su ciudad, donde pintarrajearon todas las bardas con grafitos indecentes y terribles insultos.

Los sordomudos se dolían a la vez de las invasiones de vándalos ciegos, que prorrumpían en las calles de su ciudad con gritos destemplados e insultos, y por ello resuelven atacar también la ciudad de sus odiados vecinos.

Paralelamente y en el más grande de los silencios, los estrategas de ambos lados planean sus acciones bélicas: los espías de los ciegos siguen con atención hasta los movimientos más insignificantes de sus rivales queriendo ver en cualquier acto la proximidad pleitista de sus rivales. Los sordomudos, a su vez, paran oreja para averiguar las intenciones del enemigo.

Los silentes, queriendo significar su hazaña verificándola en un día fasto, determinan lanzar su incursión punitiva el 14 de Febrero, día del amor y la amistad, a las 22:00 horas. Los invidentes, sabedores de los planes contrarios, gracias a la actividad de sus servicios de inteligencia, deciden atacar el mismo día con dos horas de anticipación para sorprender a los sordomudos.

La víspera de la invasión el mudo Rey de los sordomudos, previendo la filtración de sus planes al enemigo, dispone adelantar dos horas su ataque.

Puntualmente, a las 20:00 horas, salen de Miramar y Audia las huestes armadas, en sentido contrario y transitando por caminos paralelos. Los ciegos, van guiados por su tuerto Soberano quien lleva un asta en la que ondea un estandarte azul cielo con una higa bordada en oro. El portaestandarte y Rey mudo agita un banderín rojo escarlata con una tapia bordada en plata.

A medio camino se cruzan sin encontrarse, como los caminos paralelos en que discurren. Media hora después los ejércitos beligerantes toman sin resistencia las ciudades odiadas, ayunas de habitantes.

Hoy los ciegos viven en Audia, ciudad llena de letreros luminosos y semáforos que regulan el tráfico y la vida toda de la ciudad. Los sordomudos, en Miramar, pasan sus días entre altoparlantes que alertan a los transeúntes de los peligros y guían sus pasos por tortuosas callejuelas.

SALVADOR GALLARDO TOPETE

De retórica

No soy novelista por dos flacas razones: casi carezco de nalgas, lo que me impide permanecer sentado largo tiempo. Este aspecto anatómico-literario, al parecer risible, creo que ha sido descuidado por los estudiosos del género, pues estoy cierto de que teniéndolo en cuenta, se encontrarían nuevos ángulos desde los que se podría enfocar el estudio de la producción literaria.

La relación novela-nalgas es fácil de evidenciar. Propongo, a manera de ejemplo, a Dumas, padre, y a Balzac; no dejo de reconocer sin embargo, que existen otras, como las de Marcel Proust y las muy nuestras, las de Don Artemio del Valle Arizpe, que aunque más enjutas darían más de qué hablar que las propuestas primeramente.

Los desnalgados somos poetas o cuentistas. A medida que las nalgas ganan en volumen, la obra literaria aumenta en tamaño, en proporción directa.

Es ocioso, pues, seguir estudiando cuál es el límite de las cuartillas para que un cuento deje de serlo y se transforme en novela corta o para que ésta pase a ser una novela a secas. Lo que debe hacer el crítico literario es algo más sencillo y positivo: hay que mirarle las nalgas al autor y clasificarlo. Que sí culígordo, novelista; que sí culíflaco, cuentista. Y sanseacabó.

El viaje

A Víctor M. Sandoval

Estoy tirado en el suelo; hace un rato que abrí los ojos, pensé que estaba acostado en la cama pero debajo de mi espalda sentí el frío cuadrangular de los ladrillos. He tratado de levantarme, no tengo fuerzas; un líquido pegajoso brota de mi boca mojándome la camisa; quiero gritar, el grito se traduce en tos. En gargareo horrible como el de una caldera a punto de estallar. Alguien pasa afuera, pero no se detiene. Sus pisadas se opacan por mi respiración jadeante. Intento moverme, levantarme, salir al patio a respirar, quitarme de encima este peso que oprime mi pecho y amenaza con resquebrajar mis costillas. No consigo más que volver a toser. Un líquido caliente me sube por la garganta dejando un sabor mineral en la boca, lo reconozco. Ahora imagino el hilo que corre por mis mejillas, enredándose en el cuello como una serpiente. Debo estar quieto hasta recuperar las fuerzas; no es ésta la primera vez que me sucede. Suelto los músculos. No es la primera vez.

Estoy acostado en el cerro bajo un mezquite, desde allí domino el valle donde el pueblo se extiende. Leo unas hojas embadurnadas de versos que un viajero, de paso, me dio en pago de algunos favores que le hice: “Hagamos viajes trascendentes...” Sólo he bajado dos veces a la ciudad. El Padre Aurelio prometió mandarme al seminario, pero un día me encontró borracho en la sacristía besando a Carmelita, la que hace la ropa de los santos, y me mandó a la casa, que porque había profanado la morada de dios; pero fueron celos, a ella no la corrió.

Trato de espantar una nube de moscas que se me paran en la cara a chupar la sangre. Mis recuerdos se alejan, pero pronto vuelven como estas moscas fregadas a herirme con sus aguijones.

Ve y pídele perdón al Padre Aurelio, no ves que con él puedes llegar a ser mucho, decía mi abuela. Yo no le contestaba, pero sabía de sobra que no le pediría perdón a ese cura desgraciado; yo también tenía celos, no era que quisiera a Carmelita pero ella era la primera mujer con quien me había portado como hombre. Ayer en la noche no pude dormir, no me quiso dejar entrar en su casa. Me revuelvo en el catre de un lado para otro, el cuerpo empapado de sudor, como hoy de sangre.

SALVADOR GALLARDO TOPETE

Apacíguete muchacho que no me dejas dormir. Mi abuela siempre gruñendo; por qué diablos se vino a vivir con nosotros y precisamente a mi cuarto. Se enojaba porque no rezaba con ella antes de acostarme y no me dejaba abrir la ventana para que se fuera el olor a manteca rancia con queapestaba la casa. El día en que me fueron a decir al jacal de don Chón que mi abuela había muerto, sentí un nudo en la garganta y me fui al monte a llorar sin que nadie me viera.

Los indios de mi pueblo entierran a sus muertos con música y cohetes, les dejan cazuelas con comida, mientras ellos beben hasta que se caen de llenos. A mi abuela no le llevaron música ni cohetes; la gente decente no se entierra así, dijo mi padre. Sólo hubo café con piquete en el velorio y flores en el entierro. De la caja de mi abuela chorreaba el cáncer; yo tuve que hacerme el fuerte para no soltarla cuando la llevábamos al panteón.

Ahora yo me estoy muriendo,apestado como un perro sarnoso; siento que los ojos se me llenan de lágrimas, tengo compasión y asco de mí mismo; jodido como mi abuela, como mis padres, como mis hijos si los hubiera tenido, pero con Rosa duró todo tan poco.

Era el día de san Isidro; los niños cantaban por las calles con sus voces finitas: “San Isidro Labrador, quita el agua y pon el sol”. Estoy montado en el bayo del patrón, a orillas de la plaza oigo la serenata; las muchachas dan la vuelta en sentido contrario al reloj. Se me hizo cara conocida cuando la vi con su vestido amarillo. ¿Será de por el río?, quise recordar; pasó de nuevo una, dos, hasta cuatro veces. A esta vieja yo la conozco. Me fui a la cantina. Chato sírveme un fajo; dame el otro. Hay un montón de copas a mi lado, me siento medio pedo, las piernas se me doblan como si fueran de trapo. Sí, a ésta la conozco. Monté el bayo, estaba sudoroso, inquieto, oliendo el aire en busca de hembra. Cuando no hay vieja para el charro no hay yegua para el caballo. Le clavé las espuelas en los ijares y salí corriendo monte arriba a perderme en la noche.

La duda me comía. ¿Dónde la habré conocido? La soñaba dando vueltas en la plaza; me le acerco, se le borra la cara. ¿Qué anda haciendo por acá, abuela? Todavía le escurría el cáncer. Apacíguete muchacho. Despertaba sollozando; al rato que me volvía a dormir soñaba a Carme-

lita desnuda, la besaba, ella se reía y se metía a su cuarto, luego salía con un manto de virgen. Lárgate para tu casa, hereje. El Padre Aurelio tenía celos.

Se está abriendo la puerta. Logro levantar la cabeza, dos ojos amarillos casi rozando el suelo: es el gato; se me acerca, run run run, su motor eléctrico me arrulla.

En tiempo de lluvias me iba con Rosa al río, el agua nos daba arriba de las rodillas, hacíamos barcos de papel y nos divertíamos mirándolos hasta que se los tragaba el remolino. Ya no voy a poder salir contigo, la gente habla, espérate a que se levante la cosecha y nos vamos. Todas las viejas son iguales. Preferir al panzón de la botica.

Una cosa rasposa y húmeda me pasa por la cara; tiro un manotazo, el gato eriza el lomo y se pone a chillar como demonio. Hijito, me decía mi madre mientras me limpiaba la cara. Me asusté tanto de ver el charco, que dejé de tomar algunos días, pero me encontraba a la Rosa por la calle, hija de tal, preferir al panzón de la botica. Después me acostumbre a la sangre; se me acabó el dinero, nadie me quería fiar y empecé a pedir, ya no hay dátíl, tísico. Me ofrecían trabajo, yo quería vino, me ponía digno. No les pido ni agua desgraciados y al día siguiente ya les estaba cayendo para que me invitaran una copa.

“Hagamos viajes trascendentes”. Siento en las piernas como si una hilera de hormigas me anduviera dentro. Ha de ser bueno conocer otras tierras; quizá pueda dejar el vicio, ser un hombre de bien. Me levanto, abajo el valle, el pueblo pudriéndose como la osamenta de un animal, carroña. “Hagamos viajes trascendentes”. Les diré a mis viejos que me den la bendición, quien quite y me componga; quien quite y me haga hombre de bien. Lo empinado del cerro me obliga a correr, caigo con frecuencia, me gustaría estar en la sierra, dicen que el aire de allá es bueno para los pulmones; los viejos no están en la casa, han de haber ido al rosario.

Algo se me rompe dentro, un pedazo como de bofe se me atora en la garganta. Los ojos amarillos en el suelo. Abuela, ¿qué anda haciendo por acá? Apacíguate muchacho, apacíguate.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.